

Los rumbos de la psicología social

Juan Soto Ramírez

Departamento de Sociología
Coordinación de Psicología Social
Área de Estudios Rurales y Urbanos
Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Iztapalapa
juansotoram@hotmail.com

Abstract— In the Social Sciences in general and in social psychology in particular, the debates have been transformed into superfluous discussions, without depth. In events such as congresses, colloquia and seminars, deep debate is something that has disappeared. Many academic discussions have become spaces for friendly conversation where the professors are simply agreed with the other says. This situation is alarming. On the one hand, we have lost the ability for discussing and, on the other, the critical capacity. This is due to the appearance of politically correct attitudes and discourses. For the fear of criticism and because it's considered the result of unconformity or some psychological problem such as frustration. Faced with this, the 'saviors of the world' have appeared with childish strategies to change the world as, simply, give workshops. Here is a critique of contemporary forms of social psychology.

Keyword— *Epistemology, critical thinking, depth, breaking off, subject.*

Resumen— En la psicología social (y en las Ciencias Sociales), los debates se han transformado en discusiones superfluas, sin profundidad. En los eventos académicos como los congresos, los coloquios y los seminarios, el debate profundo es algo que ha desaparecido. Muchas mesas de discusión se han convertido en espacios de conversación amigable donde solo hablan los conocidos que, simplemente, están de acuerdo con lo que dice el otro. Esta situación es alarmante. Por un lado, hemos perdido la capacidad de debatir y, por otro, la capacidad crítica. Esto se debe a la aparición de las actitudes y discursos políticamente correctos. Por el miedo a la crítica y porque esta se considera el resultado de la inconformidad o algún problema psicológico como la frustración. Frente a esto, los 'salvadores del mundo' han aparecido con estrategias infantiles para cambiar el mundo como, simplemente, dar talleres. Aquí se presenta una crítica a las formas contemporáneas de hacer psicología social.

Palabras claves— *Epistemología, pensamiento crítico, profundidad, ruptura, objeto de estudio.*

I. INTRODUCCIÓN

Mientras el mundo se llena de indignados por todos lados, la escasa capacidad crítica de estos emblemáticos personajes de nuestro siglo queda cada vez más en evidencia. ¿Por qué? Porque hoy en día la crítica ha devenido complaciente. Vivimos en un tiempo histórico tan extraño que es casi imposible diferenciar entre crítica y halago. Sobre todo, porque todo aquello que no adule, produzca alabanza o raye en la zalamería, bien puede ser considerado como desprecio, ofensa, insulto o, más aún, agresión y violencia. Estas dos últimas, son un par de palabras clave que no deben olvidar los psicólogos, sociólogos, antropólogos, comunicólogos, etc., que quieran empatizar, ganar aplausos y reconocimiento entre las comunidades de indignados modernos que pululan dentro y fuera de los munditos académicos. En verdad ¿podemos *construir sociedades donde quepan todas las voces*? Como eslogan suena bien. Como idea *atrapabobos* también. Sin embargo, es difícil pensar una sociedad donde quepan todas las voces. Donde pueda tolerarse *todo*. Una sociedad donde quepan todas las voces debería incluir, entonces, la de los pedófilos y los violadores en general; la de los terroristas; la de los asesinos en serie y en masa; la de los consumidores de pornografía infantil; etc., así como las de sus víctimas. ¿Es eso posible? Todo parece indicar que no. Rotundamente no. La tolerancia, en abstracto, sin situación social de por medio, se paga con un precio muy alto. Demasiado alto podríamos decir. Protestar contra la discriminación está bien. Contra el racismo también. Contra la censura, mejor. Pero, en un sentido estricto ¿discriminar a los que discriminan no resulta ser una forma de discriminación? Eso tiene un tufo

sospechoso pues si la discriminación proviene de quienes se invisten con discursillos de superioridad moral, entonces deja de ser discriminación. Viva el progresismo conservador. Tan fuerte en sus discursos y tan frágil en la práctica. Baste mirar las confrontaciones entre los denominados *supremacistas blancos* y sus opositores para darse una idea de lo frágil que es, en la ‘puesta en escena’, el argumento de una sociedad tolerante que intente dar cabida a todas las voces. Piénsese también en las confrontaciones entre los defensores del aborto y los denominados *antiabortistas*. Y así sucesivamente. En la práctica ¿podemos realmente construir una sociedad donde quepan todas las voces? La respuesta sigue siendo no, pero como consigna funciona para ganar el reconocimiento social dentro y fuera de la academia. Cualquiera que hubiese puesto atención a ciertos atisbos de cambio en la historia, podría haberse percatado que en los comienzos de la década de los 80, en los ambientes universitarios estadounidenses, como bien lo señaló el profesor U. Eco (2004), un fenómeno de *reforma lingüística* comenzó a cuajar. Y, como era de esperarse, casi cuarenta años después se convirtió en moneda corriente en Latinoamérica. Pero, tanto *reformismo lingüístico*, pone en evidencia que suprimiendo palabras no se superan las tensiones (entre opresores y oprimidos; entre dominados y dominadores; entre hombres y mujeres; etc.).

Si se decide que a las personas que van en silla de ruedas ya no se las llama *minusválidas* ni tampoco *discapacitadas*, sino *personas con capacidades diferentes*, y luego no se les construyen rampas para acceder a los lugares públicos, evidentemente se ha suprimido la palabra, pero no el problema. (Eco, 2004, p.111)

Hablar diferente sin solucionar el problema de fondo no tiene mucho sentido, tanto en el ámbito de la vida cotidiana como en el de las interacciones sociales. Cobra sentido y especial relevancia en los dominios de lo *políticamente correcto* (y entre quienes siguen celebrándolo), pero no más allá. De manera apabullante, las ciencias sociales han recibido bien estas modas culturales (de escribir con arrobas, e’s o equis al final de las palabras para neutralizar el ¿género?; de referirse con plurales a las cosas como las violencias y las juventudes, por ejemplo; de mentar en voz alta, eso sí, primero el femenino -las mujeres por delante como signo de cortesía no machista- y después el masculino de algunas palabras; etc.). Y, a fuerza de celebrar este recibimiento de las modas culturales de manera exagerada, han pagado caro el precio por ello. Han perdido profundidad en sus ‘argumentos’ y, en consecuencia, se han acomodado bastante bien en el ámbito superfluo de las discusiones. “La izquierda progresista tiene que diferenciar su interés por los problemas sociales de su teoría contracultural, abanderando lo primero y abandonando lo segundo” (Heath y Potter, 2004, p.20). Es decir, tanta preocupación por la corrección política en el habla y en la escritura les ha hecho olvidar lo esencial de las desigualdades en los dominios cotidianos de la vida social. Gracias a estas preocupaciones hemos presenciado el espectacular arribo de neologismos (sobra decir: débiles), que han causado, más que nada, furor entre las huestes progresistas de las ciencias sociales (incluidos los desgarrados pelotones de psicólogos sociales). *Poscolonial*, *posfeminismo*, *pospornografía*, *posapocalíptico*, *posverdad*, etc., son neologismos triunfantes que reverberan en los discursillos de moda de una buena cantidad de académicos alrededor del mundo y son capaces de aglutinar acalorados debates que, desafortunadamente, tienen poca injerencia fuera de las aulas universitarias o los recintos donde tienen ocurrencia los congresos, simposios, coloquios, encuentros, seminarios, etc., cuyo título lleve el adjetivo calificativo de *crítico* (psicología social crítica o estudios críticos de psicología social suena estupendo).

El debate se resumía en una guerra retórica entre dos actitudes: la conservadora, que se felicitaba por la clausura del mundo; y la progresista, que buscaba su salvación en la deconstrucción. Por un lado, el fin del arte, el fin de las fronteras, el fin de la soberanía, el fin de la política. Es más, incluso el siglo se acercaba a su fin. Por el otro, el *after-punk*, el *post-rock*, lo posnacional, y otros tantos neologismos débiles con los cuales mantener la ilusión de un después. La realidad no sabía ya anteponer a sí misma más que un prefijo. (De Toledo, 2008, pp. 37)

El discurso se ha convertido en el campo de batalla predilecto de tanto hípster (de lentes de pasta y barbas largas, por supuesto), parlotando en nombre de la psicología social y otros campos de conocimiento afines. Y también, en nombre de la indignación. Indignarse por casi todo es la actitud *cool* de cualquier psicólogo social *chic* que sale a las calles a marchar para asear su conciencia de tanta mugre capitalista en la que vive muy bien acomodado. Todo lo que indigna, todo lo que exacerbe a las buenas conciencias de superioridad moral, hoy en día, es susceptible de convertirse en línea de investigación, red temática, diplomado, curso, seminario, licenciatura, maestría o doctorado incluso. Y tendrá cupo lleno. Desafortunadamente “la cultura *hipster* es de derechas” (Lenore, 2014, p.65). Muchas cuestiones disfrazadas de transgresión no son más que una especie de *cultura sin culto*. Cultura (si se le puede llamar así), bañada, a todas luces, por la liviandad, la despolitización, el olvido y, sobre todo, por la desinformación. Pongamos un ejemplo. ¿Qué de contracultural, *indie*, alternativo, *underground*, etc., puede ser, hoy en día, *comprar* una playera de algún grupo de rock en un centro comercial? Si los grupos de rock tienen su *merchandise* oficial (y amenazan con exterminar a quienes vendan las ilegales imitaciones), es que no son tan alternativos, ni contestatarios, ni contraculturales. Muy por el contrario, parecen llevarse muy bien con la lógica del mercado y el capitalismo de paso. “En solo veinte años, el *underground* pasó de quemar cartillas de reclutamiento y banderas a ondearlas con orgullo” (Lenore, 2014, p.69). ¿Es necesario saber quiénes fueron los *Ramones* para lucir una playera de ellos en un *nightclub* de moda o en un *campus* universitario? La respuesta es no. Las playeras de los *Ramones* encajan muy bien con el espíritu *chic* que requiere la rebeldía contracultural de nuestros tiempos, muy bien alineada al capitalismo. Vendiendo playeras de los *Ramones* en las tiendas *Walmart* la rebeldía ha quedado atrapada en la superficie.

La cultura/culta tenía en la cabeza una sociedad atestada del saber elitista, pero la sociedad actual sólo puede moverse sin cargas ni nudos trascendentes. Esta cultura sin culto, sin bibliografía, apenas pesa, y la liviandad de su memoria (histórica, erudita, inventarial) es consecuente con su gran velocidad y complejidad desplegada en superficie. (Verdú, 2005, pp. 27)

La psicología social, como otros campos de conocimiento, ha devenido liviana (los problemas sociales que ha abordado desde diferentes líneas de investigación son superfluos, carentes de compromiso social). Despolitizada (los contenidos que se manejan en las investigaciones, las más de las veces, se encuentran desprovistos de contenidos políticos). *Retrochic* (cada vez más se abordan temáticas del pasado que se hacen pasar como novedosas y emergentes). *Hipster*¹ (preocupada por temáticas alternativas y poco profundas). *Cool*² (una psicología *ad hoc* a los temas de moda). Y ha tomado exóticos rumbos. Aquí tres. Uno donde falta la crítica y la discusión, y sobra la camaradería, la ingenuidad y la complacencia. Otro donde hace falta erradicar la vieja idea de que la psicología social es un asunto de personajes de espíritu prometeico destinados a salvar el mundo. Y, el tercero, donde es imperante construir otras formas de hacer psicología social que no conduzca al lugar común (tan de moda hoy en día), de los *talleres*.

II. SOBRE LA CRÍTICA

Todo parece indicar que vivimos en un mundo que bien podríamos calificar como ‘complaciente’. Un mundo donde los discursos y las actitudes que embonan bien con lo ‘políticamente correcto’ son homenajeados. Por ello hay quienes se desviven por adicionar equis o arrobas a los sustantivos para tratar de generar discursos ‘neutros’. Como si esto eliminara la discriminación, el racismo, la homofobia o construyera una mejor sociedad y más incluyente. Y ojalá así fuera. Pero destruyendo el lenguaje no se logra mucho. Diciendo *las* y *los*, antes de estudiantes, por ejemplo, la sociedad no cambia en esencia. Los crímenes, los secuestros, la violencia etc., siguen siendo los mismos. Cambiando nuestras formas de habla y nuestras expresiones no tendremos, en automático, una mejor sociedad. ¿Por qué? Porque hay que hacer algo antes. Y lo que hay que hacer es cambiar las interacciones. No solo las interacciones

verbales. Sino esas que nos constituyen como seres sociales. ¿De qué sirve cambiar términos como ‘albañil’ por ‘trabajador de la construcción’ si el trato que se les da a todas las personas que caben en la categoría sigue siendo deleznable? Utilizando ‘eufemismos’ para referirnos a la realidad no construimos, en automático, una mejor realidad. Tendremos como resultado una realidad más poética, en el mejor de los casos, pero no por ello, mejor. Diciéndole *cuerpa* al ‘cuerpo’, dicho sea de paso, no tenemos como resultado una mejor epistemología de la carne. Ni siquiera tendremos como resultado una mejor ontología de la corporalidad. Si escribimos con equis y arrobas podremos ganar simpatías, pero no tendremos una mejor sociedad en automático. Gergen (1973), no se equivoca al proponer que si utilizamos otros conceptos o categorías tendremos como resultado una psicología distinta. Menos ‘evaluativa’ sí, pero no por ello mejor. “El lenguaje técnico se convierte en evaluativo siempre que se usa la ciencia como palanca para el cambio social” (Gergen, 1973, p. 42).

Las sociedades que bien podemos denominar ‘políticamente correctas’, son sociedades que parecen simpatizar con el conformismo en distintos ámbitos de la vida social. En ellas, la protesta y la revuelta sociales (en muchas ocasiones), se miran como la acción de minorías inconformes y desviadas (situación por demás preocupante en tanto que la lucha por los derechos, así como por el acceso a bienes y servicios, se conciben como algo ‘antinatural’, como algo que no debería estar sucediendo y que, en el último de los casos, pone en riesgo el orden social). No obstante, son el claro reflejo de la lucha contra la exclusión.

“La gente desconfía. No confía en lograr una educación y capacitación adecuada. Incluso quienes tienen empleo temen quedar excluidos de un mercado laboral muy dinámico y competitivo. Quedar excluidos, por ende, de los sistemas de salud y previsión. Excluidos del consumo de bienes y servicios en una sociedad donde prestigio social y autoestima se encuentran muy vinculados al estilo de vida. En suma, las personas temen quedar excluidas del futuro”. (Lechner, 1998, pp.187)

En las sociedades políticamente correctas es fácil perder el rumbo en el entendimiento de los significados. La protesta y la revuelta no suelen entenderse como el resultado de la organización social y el pensamiento crítico. Y, en psicología social, las más de las veces, la crítica no es bien recibida. Es homenajeadada en algún sentido porque le viene bien como título a los libros, a los seminarios, a los simposios, a los cursos, a los sitios web e incluso a los congresos que intentan autoproclamarse como alternativos. Pero ponerle el adjetivo de crítico a algo no le otorga dicho atributo en automático. Además, es un tanto paradójico suponer que se pueda tener un seminario, por ejemplo, que lleve el adjetivo de crítico, dentro de un marco institucional y que sea auspiciado por algún tipo de financiamiento (digamos internacional). En este sentido, la psicología social puede autodenominarse crítica, pero no por ello serlo. Una psicología social crítica, por ejemplo, debería detenerse a pensar si esos mentados ‘factores psicosociales’ en realidad tienen razón de ser. Si en realidad están por ahí esperando a ser identificados, analizados, evaluados, etc., por aquellos expertos que andan tras sus rastros. Por no haber leído a Max Weber, esos psicólogos sociales confunden ‘tipos ideales’ con realidades. O, pensando una vez más en Gergen (1994), en realidades y relaciones.

“Aquello que es moral se define no en conformidad con los principios del individuo, sino según los estándares culturales existentes en cuanto a cómo se aplica el principio moral. Si la cultura define como inmoral matar niños salvo cuando se trata de los hijos de nuestro enemigo, no queda ya espacio para la deliberación individual [...] La convención cultural sustituye a la reflexión ética como el fulcro de la acción moral”. (Gergen, 1994, pp. 135).

Si en psicología social la crítica fuese bien vista, la investigación que se hace en su nombre debería ser más comprensiva, más interpretativa, más hermenéutica y, obviamente, menos experimental y menos cuantitativa. Es evidente que la psicología social que tenemos el día de hoy es notoriamente conservadora. Es tan conservadora que es fácil hablar de nociones como ‘factores’ o ‘prácticas de riesgo’. Muchos de los discursos que se generan en ese ámbito tienen una fuerte carga sensacionalista y su buena dosis de moralidad. No obstante, estos discursos les vienen bien a los programas de radio y

televisión a los que continuamente asisten los ‘expertos’ por invitación para verter sus opiniones sobre diversos temas, satisfaciendo así el ánimo amarillista de una buena cantidad de programas-basura de radio y televisión.

“Para algunos de nuestros filósofos (y de nuestros escritores), ser es ser visto en la televisión, es decir, en definitiva, ser visto por los periodistas, estar, como se suele decir, *bien visto* por los periodistas (lo que implica muchos compromisos y componendas). Bien es verdad que, al no contar con una obra que les permita estar continuamente en el candelero, no tienen más remedio que aparecer con la mayor frecuencia posible en la pequeña pantalla”. (Bourdieu, 1996, pp.16)

Lo más decepcionante de todo es que, las más de las veces, la opinión de estos expertos que aparecen en radio y televisión, termina siendo una muy parecida a la de cualquier persona promedio que no haya estudiado psicología social. No es extraño que sus puntos de vista y sus reflexiones se parezcan mucho a la de cualquier persona promedio. Con mucha frecuencia ofrecen mensajes y discursos estandarizados que se adecuan a lo que los entrevistadores quieren escuchar, se ajustan pues a lo que los entrevistadores y las audiencias quieren escuchar, sus voces se convierten, en algún sentido, en el elemento de *corroboración de la experiencia* que tanto el conductor-animador, como la audiencia, querían escuchar. Con más frecuencia de lo que podría creerse las opiniones de los expertos se inclinan hacia el conservadurismo y las buenas costumbres. Con más frecuencia de lo que se piensa también, estos expertos aparecen en los *talk shows*, más motivados por los cinco minutos de fama que puedan tener que por todo lo relevante que puedan decir. Un ejercicio crítico y de reflexión llevaría a cualquier psicólogo social a preguntarse si debería aceptar tales invitaciones cuando se las hacen. Y si acepta, debería pensar muy bien lo que va a decir para no repetir lo que ya todos saben.

En sociedades como la nuestra, la crítica se confunde con inconformidad, pero vale decir que no siempre un crítico es un inconforme, así como un inconforme no resulta ser, siempre, un buen crítico. Pero, hoy día se piensa (y lo piensan los conformistas casi siempre), que ser crítico es ser un inconforme. En un mundo políticamente correcto que cotidianamente coquetea con la ‘derecha’ y con las buenas costumbres, la crítica no es bien vista. Suele evadirse de distintas maneras y la censura es una de las formas más socorridas para acallarla. En *La ironía de la Libertad de expresión*, el profesor Owen Fiss (1996), lo señaló bastante bien. Dijo que, por un lado, los límites entre libertad de expresión y los intereses del Estado cambian en una época a otra, de una Corte a otra e incluso de un juez a otro. Y, por otro lado, también dijo que no siempre la libertad de expresión se manifiesta en favor de los intereses del Estado. En consecuencia, todo parece indicar que cuando esto último ocurre, la censura aparece como una estrategia de regulación de los distintos tipos de expresión, pero sobre todo como una forma rabiosa de proteger los intereses del Estado. Es decir, cuando la crítica no se alinea con los intereses del Estado, entonces suele despertar la ira de aquellos a quienes se dirige. Muchos pensadores y activistas han pagado la crítica con la cárcel. Otros, con la vida misma. Baste recordar todo lo que le ocurrió a la valiente Lydia Cacho por atreverse a poner en evidencia cómo operaba una red de pederastia en Puebla. Es decir, tanto en la vida como la psicología social, la crítica no es bienvenida. Más bien se recurre a la censura para acallarla. Bajo el argumento de proteger el orden social y el orden público, lo que suele protegerse en realidad son los intereses del Estado o de algunos sectores de la población muy específicos. Así, suele justificarse la censura, que es una especie de regulación de significados y supresión de contenidos.

Si por crítica entendemos, de manera muy general, el juicio que se realiza después de un examen racional acerca de los pensamientos o las acciones, entonces tendríamos que celebrarla y no evadirla. Tendríamos que promoverla y no censurarla. Tendríamos que incentivarla y no desactivarla. No obstante, nuestro mundo social no indica estar preparado para ella. Más bien parece que, como sociedad, como colectividad, hemos perdido capacidad crítica y hemos ganado cualidades complacientes. Muchos eventos académicos como los congresos, los seminarios o los famosos talleres de los cuales hablaremos más adelante, en realidad no incentivan la crítica pues se convierten en eventos donde solo hay ‘amigos’

que comparten simpatías intelectuales o académicas. Y puestas así las cosas entonces no se discute, sino que se está de acuerdo. No se critica sino se acuerda. ¿Tiene sentido entonces reunirse para no discutir (hablando en términos académicos e intelectuales)? La respuesta más bien parece ser que no.

Hoy en día la palabra ‘discusión’ escandaliza incluso a los académicos. Los debates escasean en tanto que se asume que ‘discutir’ es sinónimo de pelear (al menos con esa acepción se le utiliza en los dominios de la vida cotidiana). Algo lamentable es que al interior de las universidades no se incentive el pensamiento crítico, aunque, como ya se dijo anteriormente, muchos cursos lleven ese título. Más bien parece que las universidades (y los académicos con ellas), han perdido su capacidad crítica con el paso del tiempo. Pero esto no quiere decir que el pensamiento crítico se haya extinguido. Lo que se quiere decir es que dentro y fuera de las universidades los críticos son minoría. ¿Por qué es necesaria entonces la crítica y el pensamiento crítico? Porque es lo que incentiva el debate, la discusión y, en el último de los casos, el pensamiento y la acción. Una sociedad sin capacidad crítica es aquella que está condenada al conformismo. Termina por ser una sociedad que, incluso desde las iniciativas de izquierda, celebra la censura. No hay nada peor que un político de izquierda celebrando la censura. Que la celebren los políticos de derecha es algo a lo que estamos acostumbrados. De los académicos, ni se diga. Pero es importante tomar en cuenta que las ideas no son extensiones de nuestros cuerpos ni algo por el estilo. Es demasiado ‘infantil’ pensar que quien cuestiona nuestras ideas nos está agrediendo o nos está increpando. Hacer a un lado este ‘infantilismo’ es imprescindible para aprender a discutir. Cuando una persona cuenta un chiste y los demás se ríen. No se ríen precisamente de la persona que contó el chiste. La gente se ríe del chiste (aunque la forma de contarle importe). No obstante, solo los desquiciados podrían llegar a pensar que si cuentan un chiste las personas se están riendo de ellos. Si en el caso del chiste puede ser tan evidente que la gente no se ríe de las personas sino del chiste. ¿Por qué es tan fácil pensar que cuando alguien profiere una idea y es cuestionada por los demás, los otros están cuestionando a la persona que la profirió y no a la idea misma?

III. SOBRE LOS SALVADORES DEL MUNDO

El mito de Prometeo ha resultado atractivo para ejemplificar un sinnúmero de situaciones al interior de las ciencias sociales y las humanidades. Ha servido de pretexto para aleccionar ‘espíritus’ revolucionarios y rebeldes. Hijo de Jápeto y de una madre sobre la que no hay acuerdo (Asia, Asope, Temis, Clímene), modeló a los hombres de barro y por poner a prueba el ‘intelecto’ de Zeus este último los privó del fuego. Prometeo después lo devolvió a los hombres robándolo y, según Esquilo, fue llevado en la caña de una férula “que para los mortales brilló como maestra de todas las artes y gran recurso” (Conti, 1988, p.245). Y gracias a ello la vida de los hombres cambió notablemente:

“...bajo tierra vivían como las ágiles hormigas en las sombrías profundidades de las cuevas [...] Y luego descubrí para ellos la ciencia del número, la más excelsa de todas, y las uniones de las letras, memoria de todo, laboriosa madre de las Musas”. (Esquilo en Conti, 1988, pp.247)

Después de ello fue castigado siendo encadenado en el Cáucaso para que un águila devorase repetidamente su hígado (recordemos que en algún tiempo se creyó que el hígado era “movimiento de la razón” y que era la sede de lo que hoy en día denominamos ‘procesos mentales’). A Prometeo se le ha identificado como alguien quien se rebeló contra la tiranía (de Zeus), y se le ha asociado como aquel que llevó el ‘conocimiento’ a los mortales (en tanto que les pertenecía casi exclusivamente a las deidades). ‘Fuego prometeico’ en nuestros tiempos puede entenderse como sinónimo de conocimiento. Y, curiosamente, muchas personas alrededor del mundo asumen que su tarea o su labor, como profesionales de las ciencias sociales y las humanidades, por ejemplo, es la de llevar ese ‘fuego prometeico’ a quienes no lo poseen. Es decir, que su labor es la de ‘iluminar’ (ilustrar, concientizar, aleccionar, etc.), a los no iluminados. Situación que es criticable, aunque pueda sea bienintencionada, por varias razones.

La primera porque sitúa a los ‘profesionales’ de ‘espíritu prometeico’ en una posición privilegiada. Es decir, por encima de los mortales. Habitando las zonas no iluminadas de la existencia. La segunda porque los no iluminados no tendrían la capacidad de distinguir sobre la pertinencia, veracidad, sustancialidad, etc., del conocimiento provisto por los prometeos modernos. Recordemos que no todo lo que brilla, ilumina, y más aún, que todo lo que ilumina produce sus propias zonas de sombra: “toda toma de conciencia produce zonas de sombra, y la sombra no sólo es lo que está fuera de la luz, sino que, menos visible aún, se produce en el corazón mismo de lo que produce la luz” (Ceruti, 1986, 42). La tercera porque sería difícil afirmar que un ‘conocimiento’ se generó con fines muy específicos (es decir, que sirve específicamente para algo). Lo cual implica no entender, por ejemplo, que los significados son relacionales y, a su vez, que estos se construyen. La cuarta porque la generación de conocimiento es inmanente (es decir, no viene de ningún otro lado que sea ajeno a quienes lo producen). Y la quinta porque conocimiento que es impuesto no puede discutirse (se convierte en otra cosa distinta: en mitología o religión, por ejemplo). Habría que asumir, precisamente, que cuando las ideas están escritas o han sido pronunciadas, en realidad están listas para discutirse no para recitarse. No para repetirse hasta el cansancio. No para memorizarse como los ‘dogmas’. Por ello es riesgoso que en las universidades aún sea fácil encontrar ‘prometeos modernos’ que pregonan la adopción de actitudes cuasi-mitológicas frente a la construcción de conocimientos y se asuman como personajes de mitología griega, aunque no la conozcan. La construcción de conocimientos apunta hacia la crítica, hacia la reflexión, hacia la discusión y no hacia el adoctrinamiento.

“Sí hay una conexión cercana entre argumentar y pensar, por ello, al enseñar a nuestros alumnos a pensar, debemos enseñarlos a argumentar. Debemos estimular el espíritu crítico, que no tenga miedo a cambiar y a cuestionar a las autoridades. Debemos pues, desarrollar el espíritu argumentativo de Protágoras, el primer científico social inventor de las hombreras”. (Billig, 1986, pp.23)

Tomando en cuenta muchas falsas esperanzas que aún se siguen cultivando en las universidades, habría que señalar que en ellas no se forman súper héroes listos para salir a cambiar el mundo llevando sus conocimientos iluminados a los mortales. Es casi un vicio que muchos así lo piensen. En psicología social ocurre con mucha frecuencia. Ocurre, por ejemplo, que se piense que la realidad social cambie dando talleres. Es decir, llevando el fuego prometeico a los mortales. Talleres de todo tipo. Para el estrés. Para la autoestima. Para el éxito. Para la autoayuda. Para lo que sea. Talleres para dar talleres. Desgraciadamente, estas bien intencionadas acciones, difícilmente pueden hacerle algo a la realidad social. Difícilmente pueden modificarla como podría esperarse.

¿Será que la realidad social podría modificarse dando *talleres*? ¿Es posible pensar que las situaciones de abuso, violencia y desigualdad podrían erradicarse brindando *talleres* sobre dichos temas en todos los espacios sociales posibles? ¿En verdad no hay otra forma de hacer psicología social, más que terminando en medio de un *taller*? ¿Los psicólogos (sociales o no), que dan talleres, se habrán hecho una pregunta elemental y de rigor? ¿Funcionan los *talleres*? Desde hace algunos años, la psicología social, se encuentra en medio de un alud de talleres. Y pareciera ser que la imaginación sobre cómo ‘intervenir’ en la realidad social es bastante limitada. *Si no sabe qué hacer, haga un taller*. Este podría ser un lema contemporáneo para salir de embrollos. Si fuésemos lo suficientemente críticos podríamos tomar distancia con esta forma muy peculiar de trabajar en la psicología social. Quizás sería necesario incluso clausurarlos. Esta forma de proceder tiene una visión un tanto limitada pues elimina, de tajo, el carácter superior de las problemáticas sociales situándolas en los individuos y, obviamente, en sus atributos personales. Un ejemplo de ello es la autoestima. La baja autoestima, hoy día, parece ser el ingrediente principal de muchas problemáticas y padecimientos psicológicos. A la baja autoestima se le asocia con la bulimia, la anorexia, el estrés, las ahora llamadas ‘relaciones tóxicas’ (antes destructivas), las adicciones, la violencia, el abuso sexual, el tan mentado *bullying*, la exclusión social, la soledad e, incluso, con el desempleo. ¿No deberíamos pensar mejor y con mayor detenimiento todo esto? ¿No deberíamos pensar de mejor manera muchas de las relaciones que hay entre distintas realidades

sociales? El desempleo, por ejemplo, es en realidad un problema social. No un efecto de la baja autoestima. Es decir, las personas no encuentran trabajo porque las acciones del gobierno no los generan y no porque las personas tengan problemas de baja autoestima. Que las personas se quieran poco no puede ser, de ningún modo, la causa de que no tengan trabajo. El desempleo depende de variables macro sociales, no precisamente de cuestiones asociadas a la psicología de las personas o a los atributos individuales de las personas. Si el desempleo dependiera de la baja autoestima, por ejemplo, entonces la solución sería muy sencilla para erradicarlo. Talleres de autoestima. Es claro que individualizando los problemas sociales, psicologizando la realidad, las instituciones y los gobiernos evaden buena parte de la responsabilidad que les corresponde para resolver diversas problemáticas. Pero si se le dice a la gente que no encuentra trabajo porque no se quiere, porque no proyecta una buena imagen de sí, porque no adopta una actitud positiva, entonces la responsabilidad del problema se sitúa en los individuos y no en las instituciones ni en los gobiernos. Y si las problemáticas sociales se convierten en atributos personales, entonces es más fácil manipular esas realidades, depositando en las personas lo que no les corresponde. Pero cuando esto ya está dispuesto así, entonces es que se pueden dar talleres. Incluso talleres para encontrar empleo. La individualización de los problemas sociales, su psicologización, es una buena artimaña para evadir eso que podríamos denominar responsabilidad social. Las personas no consumen drogas porque tengan baja autoestima sino porque, entre muchas otras cosas, es fácil comprarlas en un país como el nuestro. En el magnífico libro titulado *Trucos del oficio* del brillante profesor Howard Becker (1998), se hace un atinado apunte sobre el consumo de drogas y se señala que el estudio del consumo de drogas está plagado de errores. Dice que:

“...expertos y legos por igual suelen interpretar el consumo de drogas como una ‘evasión’ de alguna clase de realidad que, piensan ellos, el drogadicto encuentra opresiva o intolerable. Conciben la intoxicación con drogas como una experiencia en la que todos los aspectos dolorosos y no deseados de la realidad pasan a segundo plano y dejan de ser materia de preocupación”. (Becker, 1998, pp.33)

Esta concepción está demasiado extendida tanto en los discursos de los denominados expertos en el consumo de drogas como entre la gente. No obstante, esta *escapista* concepción del consumo de drogas tiene que admitir una realidad muy peculiar. Desde esta curiosa concepción “se entiende que la realidad acecha en el fondo, lista para darle una buena patada en el culo al drogadicto en cuanto pase el efecto de la droga” (Becker, 1998, p.33). La reflexión del profesor Becker va orientada a sostener que tanto en materia de investigación, así como en términos artísticos y en la vida en general existen lo que él denomina como ‘imaginarios’. Estos, juegan un papel fundamental en el proceso de investigación. Tanto que terminan por dirigir las reflexiones de los investigadores teniendo efectos perniciosos sobre las mismas investigaciones. Lo que habría que hacer, siguiendo sus reflexiones, sería extirpar de la reflexión a dichos imaginarios. De acuerdo con Becker, las ‘fantasías’ (es decir, los imaginarios), no se corresponden con las experiencias de los drogadictos ni tampoco con las de los investigadores que han hecho el experimento de consumir drogas. Por lo que sus afirmaciones sobre el consumo de drogas, dice, “son producto de una ignorancia voluntariosa” (Becker, 1998, p.34). Dejarse llevar por los imaginarios implica un riesgo. Riesgo que puede llevar a asumir a los investigadores ideas bastante equivocadas. También señala que “las interpretaciones erróneas de la experiencia y los significados de la gente [lea con atención] son un lugar común en los estudios de la delincuencia y el crimen, de la conducta sexual y, en líneas generales, de la conducta ajena a la experiencia y el estilo de vida de los investigadores académicos convencionales” (Becker, 1998, p.34). Nuestros imaginarios influyen sobre nuestro trabajo y deberíamos preocuparnos, siguiendo sus recomendaciones, “de que fuera apropiado”. ¿Cuántas veces, usted lector, ha escuchado decir (o incluso ha llegado a afirmar), que los consumidores de drogas lo hacen por ‘evadir’ su realidad? ¿No sería mejor volver a pensar detenidamente esta y otras ideas que fluyen ágilmente en su discurso? ¿No sería estupendo poder realizar un análisis crítico de los discursos que inundan el campo de conocimientos de la psicología social con ideas ancladas a los denominados *imaginarios*? Atreverse a pensar a contracorriente tendría que ser algo más provechoso que simplemente buscar técnicas de investigación para utilizarlas en el estudio de la realidad social.

‘Conocer de primera mano la realidad social’ sugiere Becker, puede ayudar a corregir nuestros imaginarios. ¿Cuántas ideas como estas han echado profundas raíces en los discursos propios de la psicología social? ¿Cuántos imaginarios tendríamos que corregir si nos atreviésemos a pensar de manera distinta? ¿Cuántos proyectos de investigación florecerían si decidiésemos cuestionar los imaginarios que reverberan en los discursos de la psicología social? Seguramente tendríamos que revisar esa especie de ‘sentido común psicológico’ del cual echan mano muchos de los profesionales que aparecen en radio y televisión. Quizás sin darse cuenta, los programas de radio y televisión alimentan esos imaginarios gracias a los discursos que los psicólogos (sociales o no), ávidos de fama y reconocimiento, potencian a través de los medios que, eso sí, tienen una amplísima cobertura en términos de audiencia.

Otra de las inteligentes sugerencias de Becker para no cometer errores en la investigación es ‘identificar’ y ‘atacar’ lo que él denomina la ‘premisa mayor’ (no los casos ni los resultados). Es decir, en el caso del consumo de drogas y su asociación con una conducta evasiva, tendríamos que reflexionar sobre el hecho de asumir que existen otras conductas que también son evasivas, pero que no son consideradas nocivas. ¿Cómo cuáles? Bueno, como leer. Leer podría ser, como el consumo de drogas, considerada una conducta evasiva. Para leer un libro uno tiene que invertir horas, días, meses. Y eso, querámoslo o no, resulta ser una conducta evasiva pues uno tiene que abstraerse de la realidad. Los lectores tienen que sumergirse en el texto. Olvidarse, casi literalmente, del mundo que los circunda. No obstante, leer es una de las actividades contemporáneas más distinguidas entre las personas. Como tal, está sacralizada. No solo es socialmente aceptable, sino que, al igual que algunas otras, garantiza el reconocimiento social.

“Leer no es en muchos casos, como nos dicen desde el poder, una forma de crecimiento y liberación personal, sino una estrategia de enquistamiento. La lectura, igual que viajar, se ha convertido para la mayoría en una actividad recreativa. Si una vez y otra recibimos el mensaje de que leer es bueno se debe a que leer, como escribir, se ha vuelto inocuo. Pan y circo, Y literatura. E Internet. La literatura es el opio del pueblo”. (Ovejero, 2012, pp.72)

Leer goza del prestigio social y moral que el consumo de drogas no tiene. Erradicar los imaginarios de los razonamientos y afirmaciones en el proceso de investigación es una prioridad. Los imaginarios afectan el razonamiento de una cantidad inimaginable de psicólogos sociales en el momento de hacer una investigación. Construir una psicología social diferente depende de la eliminación de dichos imaginarios. Una psicología social que se hubiese dado el tiempo de razonar críticamente sobre la utilidad y pertinencia de los talleres tendría que ser una psicología social totalmente distinta. Una psicología social que se hubiera puesto en claro que su razón de ser está muy lejos de la de colocarse en el centro de la salvación de los seres mundanos, por fuerza tendría que haber abandonado no solo los discursos mesiánicos de los que se ha apropiado, sino que, también, tendría que ser un campo de conocimientos radicalmente distinto.

IV. SOBRE LO QUE HACEN LOS PSICÓLOGOS SOCIALES Y CÓMO LO HACEN

Es común que tarde o temprano los estudiantes de psicología se pregunten y pregunten a sus profesores ¿qué hace un psicólogo social? Frente a ello se suelen dar respuestas rimbombantes al respecto evocando distintos empleos y plazas que tienen quienes han egresado de las universidades de la carrera de psicología social. No obstante, estas respuestas suelen dejar de lado una cuestión básica. Esta cuestión básica tiene que ver con el hecho de si realmente la psicología social tiene, por sí misma, un ámbito laboral propio, un campo de trabajo que le pertenece de manera exclusiva. Tomemos en cuenta dos cuestiones: la primera es que “la psicología social se define más como perspectiva desde la que analizar la vida social que como un conocimiento con un objeto de estudio específico” (Álvaro Estramiana, 2003, p.47), lo cual quiere decir que no tiene, de hecho, un objeto de estudio propio; y la segunda es que deberíamos:

Analizar las teorías como elementos de construcción de la realidad social que el investigador en ciencias sociales tiene a su alcance. Las teorías no son elementos cosificados a los que haya que adscribirse necesariamente para dar cuenta de todos los problemas sociales. Su función es la de hacer inteligible la realidad social, una realidad social que no es uniforme, ni estática, sino múltiple y cambiante. Esto nos lleva a considerar las teorías no como cuerpos de saber rígidos y sin conexión entre sí, sino de una manera dinámica. Ninguna teoría abarca por sí misma el conjunto de los diferentes aspectos de la realidad social ofreciéndonos una explicación omnicomprendiva de la misma. (Álvaro Estramiana, 2003, pp.47)

Y puestas así las cosas la situación cambia rotundamente. Una respuesta más sensata a la pregunta ¿en qué puede trabajar un psicólogo social?, sería: desde manejando un taxi de *Uber* hasta dando clases en una universidad. Cuando se realizan estas preguntas es inevitable pensar en que quienes las hacen (de una manera sensata y nada mal intencionada), podrían estar suponiendo que a la psicología social le corresponde una o varias parcelas de la realidad. Que cuenta con un segmento de realidad que es intocable y que no estaría dispuesta a compartirla con otros profesionales de otros campos de conocimiento. Pero lo cierto es que no es así. No hay parcelas de realidad reservadas para los distintos campos de conocimiento. Y no podría haberlos porque esto sería como afirmar que las ballenas son propiedad de la biología marina y que ninguna otra disciplina ni alguien que no sea biólogo marino puede meterse con ellas. Ni mucho menos estudiarlas. Sería como afirmar que las ballenas están reservadas para los biólogos marinos junto con todos los seres vivos que habitan en los ecosistemas marinos. Asumir que la psicología social estudia las representaciones sociales, las interacciones o el pensamiento colectivo es casi lo mismo. No se puede sostener que existan distintos fenómenos sociales exclusivos de la psicología social (y de toda la comunidad de psicólogos sociales, aunque no se interesen en ellos), y que nadie que no sea del gremio puede tocarlos. No tiene sentido ni lógica, pero es uno de los imaginarios de una buena cantidad de psicólogos sociales que se empeñan en convencer a sus estudiantes de ello.

Y así como no hay parcelas de la realidad que le pertenezcan a la psicología social, pues tampoco hay objetos preconstruidos o prefabricados plenamente dispuestos esperando a ser estudiados por los psicólogos sociales. El error de suponer que existen objetos de estudio propios de la psicología social puede pagarse bastante caro. Como lo dijeron Bourdieu, Chamboredon y Passeron (1973), en su bonito libro de *El oficio del sociólogo*:

“...no basta multiplicar el acoplamiento de criterios tomados de la experiencia común (piénsese en todos estos temas de investigación del tipo ‘el ocio de los adolescentes de un complejo urbanístico en la zona este de la periferia de París’), para construir un objeto que, producto de una serie de divisiones reales, permanece como un objeto común y no accede a la dignidad de objeto científico justamente porque se somete a la aplicación de técnicas científicas”. (p.59)

Es decir, el hecho de que ciertos aspectos o fenómenos de la realidad se presten para ser estudiados mediante determinadas técnicas de investigación no implica que, por ello, tengamos un objeto de estudio. Hay que decirlo enfáticamente: los objetos de estudio se construyen. No están ahí esperando a que los investigadores lleguen con sus avanzadas técnicas y sus computadoras para estudiarlos. Asumir que la psicología social no tiene objetos de estudio preconstruidos ni parcelas de realidad que le pertenecen implica, entre otras cosas, romper con el *realismo ingenuo*. “No son -dice Max Weber- las relaciones reales entre ‘cosas’ lo que constituye el principio de delimitación de los diferentes campos científicos sino las relaciones conceptuales entre problemas” (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 1973, p.57). Echar una mirada rápida a los trabajos finales de investigación que se realizan en las universidades es un buen ejercicio para darse cuenta de que la gran mayoría no establece *relaciones conceptuales entre problemas* sino relaciones reales entre cosas. Y, por cierto, se adecuan muy bien a las modas académicas. Mirar las tesis de psicología social de cualquier universidad permite descubrir que, una y otra vez, los temas son, precisamente, casi los mismos. Que de vez en cuando se van incorporando temas de moda, pero que se repiten con extremada facilidad. Consumo de alcohol, tabaco y drogas,

violencia en cualquiera de sus ámbitos de expresión, autoestima, estrés, resiliencia, *bullying* y actitudes, son solo unos pocos ejemplos de los temas que, una y otra vez, se recurre a ellos para hacer investigación en nombre de la psicología social. Sin embargo, y afortunadamente, existen muchas otras temáticas que bien podrían estudiarse, pero que no se miran debido a la estrechez intelectual de quienes piensan que la psicología social solo debería dedicarse a investigar lo que conservadoramente se ha declarado, como su patrimonio epistemológico.

“Sin duda que Allen H. Barton y Paul F. Lazarsfeld tienen razón cuando señalan que expresiones tales como <<consumo opulento>> o <<white collar crime>> construyen objetos específicos que, irreductibles a los objetos comunes, toman en consideración hechos conocidos, los que por el simple efecto de aproximación, adquieren un sentido nuevo; pero la necesidad de construir denominaciones específicas que, aun compuestas con palabras del vocabulario común, construyen nuevos objetos al establecer nuevas relaciones entre los aspectos de las cosas no es más que un indicio del primer grado de ruptura epistemológica con los objetos preconstruidos de la sociología espontánea”. (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 1973, p.59-60)

No obstante, este fenómeno no es privativo de la sociología. Está presente en la psicología social y domina una amplia variedad de formas de investigar. Estas formas de hacer investigación están más preocupadas más por lograr de que sus conceptos puedan medirse y cuantificarse que por ofrecer explicaciones sobre relaciones conceptuales. Romper con los modos principales y dominantes de hacer investigación implicaría asumir, entre otras cosas, que la evidencia empírica no se recolecta, sino que se construye (que los datos se construyen). Que el investigador es una parte activa de la realidad que estudia y que sus preferencias teóricas, políticas e incluso sexuales, influyen en los resultados de sus investigaciones. Situación que cuestiona, duramente, la ‘neutralidad’ en la investigación y, de paso, la de la psicología social.

V. CONSIDERACIONES FINALES

Y bien, para construir una psicología social distinta, crítica y densa, para hacer una psicología social muy distinta a la psicología positiva (la psicología de los optimistas), es decir, una psicología negativa, hay que estar dispuesto no solo a emprender un sinfín de rupturas epistemológicas sino, también, asumir las consecuencias de ello, dentro y fuera de las universidades. La psicología social no es un campo de refugiados para personas con espíritu compasivo a las que les ‘gusta ayudar a la gente’. Tampoco es un club conformado por un puñado de personas con inclinaciones reformistas que imitan, sin querer, “la versión secularizada del liberal Clero Protestante” (Berger, 1963, p.12). Lo que mueve a investigar, lo que mueve a hacer psicología social, no puede ser el conjunto de ideas de sentido común arraigadas en los imaginarios y los discursos de la gente. Aunque Berger (1963), dirigió estas palabras a los sociólogos, podríamos muy bien tomarlas en cuenta seriamente:

“La gente a la que le gusta evitar descubrimientos desagradables, que prefiere creer que la sociedad es exactamente lo que le enseñaron en la Escuela Dominical, a la que le agrada la seguridad de las reglas y máximas de lo que ha llamado Alfred Schütz el ‘mundo que se da por supuesto’, debe permanecer alejada de la sociología. La gente que no siente tentación alguna ante las puertas cerradas, que no tiene curiosidad respecto a los seres humanos, que se siente contenta de contemplar el paisaje sin preguntarse qué clase de gente vive en aquellas casas que se ven al otro lado de ese río, probablemente debería permanecer lejos de la sociología, porque la encontrarán desagradable o, en todo caso, poco remuneradora”. (p.41-42)

Solo una pequeña parte de la psicología social se hace detrás de un escritorio. La mayor parte de ella se cocina en los espacios públicos al lado de la gente. Y si su curiosidad de investigar y capacidad de asombro, no le conducen a esos sitios que todos los demás consideran peligrosos, puede pensar seriamente en cambiar de profesión. En tal caso regrésese a su casa y encienda la televisión y aprenda a hablar como los psicólogos que aparecen en ese deleznable programa llamado *Diálogos en confianza*.

RECONOCIMIENTOS

Este texto es una versión corregida y aumentada de una conferencia que tuvo lugar en el VIII Congreso Nacional de Psicología Social de la Sociedad Mexicana de Psicología Social (SOMEPSO) en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla el 26 de octubre de 2017. Sociedad a la cual se le extiende un reconocimiento por la invitación.

REFERENCIAS

- Álvaro Estramiana, J. L. (2003). Fundamentos sociales del comportamiento humano. Barcelona: Universitat Oberta de Catalunya.
- Becker, H. (1998). Trucos del oficio. Cómo conducir su investigación en ciencias sociales. Buenos Aires: Siglo XXI, 2009.
- Berger, P. (1963). Introducción a la sociología. México: Limusa, 2014.
- Billig, M. (1986). Pensar y argumentar. El alma pública, 8(15), 7-26, 2015.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J. C., y Passeron, J. C. (1973). El oficio del sociólogo. México: Siglo XXI, 2008.
- Bourdieu, P. (1996). Sobre la televisión. Barcelona: Anagrama, 1997.
- Conti, N. (1988). Mitología. Murcia: Universidad de Murcia, 2006.
- Ceruti, M. (1986). El mito de la omnisciencia y el ojo del observador. En P. Watzlawick. (Ed.), El ojo del observador (pp. 32-59). Barcelona: Gedisa, 1995.
- De Toledo, C. (2008). Punks de boutique. Confesiones de un joven a contracorriente. México: Almadía, 2013.
- Eco, U. (2004). Sobre lo políticamente correcto. A paso de cangrejo (pp. 110-117). México: Debate, 2007.
- Fiss, O. (1996). La ironía de la libertad de expresión. Barcelona: Gedisa, 1999.
- Gergen, K. (1973). La psicología social como historia. Revista *Anthropos*. Huellas del conocimiento (177), 39-49, 1998.
- Gergen, K. (1994). Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social. Barcelona: Paidós, 1996.
- Heath, J. y Potter, A. (2004). Rebelarse vende. El negocio de la contracultura. México: Taurus, 2005.
- Lechner, N. (1998). Nuestros miedos. Perfiles latinoamericanos, 7(13), 179-198.
- Lenore, V. (2014). Indies, hipsters y gafapastas. Crónica de una dominación cultural. Madrid: Capitán Swing.
- Ovejero, J. (2012). La ética de la crueldad. Barcelona: Anagrama.
- Verdú, V. (2005). Yo y tú. Objetos de lujo. El personismo: la primera revolución cultural del siglo XXI. Barcelona: Debate.

NOTAS

¹ Hipster es un neologismo un tanto difícil de definir. No obstante, refiere a un conjunto de prácticas culturales juveniles donde “el culto a la independencia (frente a las relaciones colectivas), el refinamiento estético (frente al compromiso político) o el apoyo a la meritocracia (frente a la lucha por la igualdad)” (Lenore, 2014, p. 32), son un conjunto de valores que se exaltan como forma de distinción frente a la denominada cultura de masas.

² “EL concepto de lo *cool* es uno de los factores determinantes en la economía moderna, es decir, forma parte de la ideología básica del capitalismo consumista” (Heath y Potter, 2004, p.218). Significa fresco o tranquilo (en inglés), aunque se le utiliza, hoy en día, como estupendo o fabuloso. Por la dificultad de su traducción, en español suele utilizarse el vocablo en inglés *cool*, para designar objetos, situaciones, personas, etc.